

Sueño que a mis orejas le crecen dientes

Lectura performática para *Quizá no sea necesario* #1 de Archivo Veintidós
Espacio Amaza

Sábado 3 de junio de 2023

Heredamos, se nos impuso, llegó, un modelo donde poner tabiques de realidad se ve así: palabras, palabras, palabras, consonantes, vocales, palabras vocales, personas vocales, boconas, megáfono para la palabra y para los bocones.

“En el principio era el verbo”. En el principio, hacer existir con la voz.

¡La voz! El regalo más grande heredado de padres a hijos: heredando así la conquista de la palabra en esta casa, en este pueblo, es este país, en esta configuración de mundo.

A nosotres, gran marea de cuerpos otros, se nos heredaban más bien aritos y pendientes.

Para escucharles mejor; para adornar tu silencio, guapa.

En occidente, el discurso público no fue originalmente pensado para nuestros decibeles; creían, incluso, que nuestro timbre agudo y entonación podría subvertir la estabilidad y la salud de todo el estado. Que los íbamos a volver locos, marinos que se arrojan por la borda siguiendo el canto de las sirenas.

Y desde entonces... Ellas, esos: las orejas obedientes.

La imposibilidad de cerrarle la puerta a nadie.

La imposibilidad de filtrar nada.

El mandato de ser porosa.

Esencialmente porosa.

[Ha sido muy larga nuestra pugna por la palabra. Siglos y siglos de la conquista del estrado, del altavoz, de la opinión en clase, de la siguiente rola en el karaoke, del discurso presidencial. Ha sido larga y estamos agotadas. La pugna por la palabra por un lado y lave que lave que sacude la tradición del silencio por el otro, porque fue allí donde se habitó tanto tiempo. Lavándola, secándola, planchándola, doblándola, usándola, ensuciándola, lavándola, secándola, planchándola porque hay que estar atenta a cuando llore el niño, cuando algo le habrá pasado a la vecina porque ya no canta en las mañanas, cuando hay que guardar los secretos de todos los patrones y todas las amantes, la memoria de todas las abuelas. Pareciera que callo para sostener la vida, que escucho para sostener la vida de otros. Pareciera entonces que la pugna por la palabra sucede dentro de la entraña misma y a la vez gano y a la vez pierdo si quiero sostenerme y sostenernos la vida.]

Creo que estoy cansada de seguir peleando el puesto del Gran Narrador, si para serlo hay que alinearse a las verticales, elocuentes, discursivas reglas de aquellos, no lo quiero. Estoy cansada de reclamar, de salir a la calle y rasgarme la garganta a gritos. Ya poco me interesa pelearme con bocones de vocales que hacen cosas; ya no quiero fingir que les creo que desean saber lo que tengo que decir. Intento imaginar entonces cómo se vería armar el silencio, cargando las orejas de rabia.

Prefiero ser un liquen silencioso en silenciosa revolución.

Pudriendo la casa desde la raíz y contigo adentro.

Si la violencia con v de voz no fue pensada para, no fue hecha para y no está reservada para mí: otro tipo de violencia entonces.

Armar el silencio, cargar las orejas de rabia.

[Las mujeres espías de inicios del siglo XX se escribían los secretos que robaban dentro del vendaje de un supuesto brazo roto, se los tatuaban con henna en la espalda. Ellas, maestras en el arte del hurto de las palabras, descriptaban códigos con las matemáticas y con el cuerpo: eran lindos espectáculos de hipnosis pura. “*Queens of the spy world whose intrigues sway the fate of nations*”, “*Reinas del mundo del espionaje cuyas intrigas balancean el futuro de las naciones*”, declara el encabezado de un periódico inglés del 7 de abril de 1918. Mucho antes de las europeas, ya estaban las escuchas humeantes de las informantes y espías en las luchas libertarias de nuestros sures, enviando mensajes escondidos entre naranjas como La Pola. Cuerpos herméticamente callados cuando era necesario, se iban con sus secretos a la cárcel y al cuarto de tortura y a la plaza de ejecución. En sus pequeñas orejas se coleccionaba la información del enemigo y se entregaba con discreción arriesgándolo todo: algunas al mejor postor, otras a la causa del pueblo. La lengua cortada de Micaela Bastida nos advierte todavía lo caro que sale no solo hablar cuando no es debido, sino sobre todo mantener un silencio que protege.]

¿Y qué les voy a decir yo a ustedes, en este país, sobre silencios que protegen?

En este país que arrastra la memoria de cuerpos torturados por no dar nombres.

¿Qué les voy a decir a ustedes que no sepan ya sobre infiltrarse quedito al ojo del huracán empujada por la esperanza?

¿Cómo heredar aquellas orejas peligrosas de entonces? ¿Cómo ejercer de espía en la cotidianidad absurda que está cruzando el umbral de esa puerta? Convirtiéndonos en un gran organismo vivo de martillos, yunques y estribos coordinados. ¿Al servicio de qué y de quién vamos a poner los silencios que de todas formas llevamos a cuestras? Les pregunto y

me pregunto cómo los modos de oír, espiar, atender, absorber y callar pueden “balancear el futuro de las naciones” hoy también. ¿Cómo amasar nuevos sentidos, cómo dibujar otras geografías, cómo escabullirse de la vigilancia feroz, cómo construir otros cuerpos esencialmente porosos como lo está el suyo ahora mientras se permite ser atravesado por mi voz?

Ha sido muy larga // la pugna por la palabra // este largo // largo // largo // innecesario monólogo // no existiría // si otras no nos hubieran labrado // el permiso de ejercer // nuestras voces de sirena // a nuestras anchas. // Me ha tomado mucho // mucho // mucho // mucho tiempo // entender que puedo // masticar // proyectar // habitar mi voz a mis anchas. // Pero ahora y cada vez más // parece... // ¿no sienten que a veces parece? // que hacer cosas con palabras // no alcanza ya // ¿y entonces? // ¿qué se supone que haga? // ¿a qué dedica sus días una poeta // cuyo hacer consiste // exclusivamente en pausas, // en menos, // en casi nada, // en apenas algo // en apenas lo mínimo para no desaparecer?, // ¿cómo se vive de volverse tan porosa?, // ¿cómo desdigo // este largo // largo // largo // innecesario monólogo // desde el principio? // ¿Así? // Quizá // quizá aún no estoy lista, // quizá aún no puedo imaginar otros modos // de poner tabiques de realidad // . Quizá // no es que no sepa cómo // quizá es solo que me asusta // que se olviden de mí // . La pugna por la palabra // no ha sido en vano // . Pero quizá a mí // me gustaría unirme a las filas // de otra pugna // la pugna del menos // la pugna del susurro // la pugna de la opacidad // la pugna del antes muerta que confesando // la pugna del liquen silencioso // en silenciosa revolución // pudriendo la casa desde la raíz y contigo adentro. // Estrategias en tiempos del secuestro de las estrategias // ¿qué nos queda sino probar?

Para mis amigas: orejas hospital, orejas hostel, orejas hospicio con camas tendidas.

Para mis hijes que no han nacido o nacieron ya de la panza de otra, mis oídos serán cuna y serán cueva. Cuando me muera, este par de repliegues cutáneos me envolverán como un capullo y por fin se hará la calma. Mi lengua se desprenderá sola o será desprendida de su sitio por la fuerza, y se irá a consolar a las amigas que me lloran, recordándoles que tuve voz, que tuve mucho que decir y mucho que no dije, y que, a pesar de su ausencia sonora, a pesar de que aquello nunca cortó el viento de tajo, no hay duda de que existió; de que todo eso que no dije existió y que se mantendrá como anuncio y profecía de eso que vendrá, de eso que algún día habrá de cumplirse, no por mí pero quizá por otros.

Para mis amigos: orejas hospital, orejas hostel, orejas hospicio con camas tendidas.

Para los captores,
para los herederos de la palabra,
para los dueños de la cotidianidad absurda que está cruzando el umbral de la puerta,
para los corta lenguas:

[Duermo y sueño que a mis orejas les crecen dientes, 13 en cada una para ser exactas. Como espinas, 13 dientes blancos, filosos, babeantes, esperan tu discurso de mierda. Pacientes, los 26, muy pacientes. Sentados a la mesa de la conversación... yo y mis 26 armas blancas. Esperamos a asentir amablemente, seduciéndote con nuestra total disposición. Esperamos a que tu voz de vocales boconas crezca y crezca, impregnando el aire, apestándolo todo. Esperamos a que tu voz se acerque atraída por la apertura, por la dulzura de nuestro silencio con olor a jazmín al que estás tan acostumbrado. Esperaremos la menor distracción para engullirte, para succionar tu voz primero y tu cuerpo después, haciéndolo trizas, masticando todas y cada una de tus brutas consonantes. Bestias de oídos mordelones: nos deseo capaces de torcer y desbaratar las palabras balas que nos llueven, las palabras heladas que nos cuadran, las que nos nombran con otros nombres que no son los nuestros. Duermo y sueño que el silencio ponzoñoso nos sube por la garganta y nos escurre de los labios. Despierto. Despierto y decoro mis nuevas orejas dentadas con envenenadas flechas de obsidiana.]